

El arresto de Booth fué de los más dramáticos. En esta circunstancia no desmintió la indomable energía de su carácter, que al servicio de otra causa, hubiera hecho de él un grande hombre.

Perseguido en las lagunas de Mary's County (Illinois), pudo ganar con su cómplice Harrold, la posesión de Garret, cerca de Puerto Real, y fortificarse en una granja.

Los soldados del coronel Baker rodearon la granja, amenazando con pegarla fuego si los fugitivos no se rendían. Booth se había roto una pierna al saltar del palco del Presidente á la escena y habían agravado su herida las fatigas y caminatas de los días anteriores. Sin embargo, declaró que no se rendía y que no le cogieran vivo. El coronel Baker hizo prender fuego á la granja. Se oyó entonces un animado coloquio entre los dos fugitivos: bajo la amenaza de ser quemado vivo, Harrold quería rendirse; Booth le trató de cobarde y rogó á los soldados que recibiesen á su cómplice que se rendía. Harrold salió y fué agarrotado inmediatamente.

Entretanto las llamas habían invadido toda la granja, Booth, solo en ella, reunió todas sus fuerzas y, con un revólver en cada mano, se arrojó con la cabeza baja, contra la cerca que cerraba el edificio.

Una de las planchas cedió, y ya iba Booth á pasar por esta estrecha abertura, cuando el sargento Corbett, temiendo por su vida y la de sus camaradas, le descerrajó á quema ropa un pistoletazo en la cabeza. Vivió aún dos horas, y tuvo una agonía terrible hasta el punto de pedir que le disparasen un tiro de revólver en el corazón para rematarle. Una vez muerto se arrojó su cadáver sobre una carreta, detrás de la cual iba Harrold, sujeto por el cuello. La familia de Booth reclamó en vano su cadáver y se ignora aún lo que fué de él. Muchas leyendas circulan sobre este suceso, por Washing-

ton y Nueva York, pero es lo más probable que fuese arrojado al mar.

Magníficos funerales se hicieron al Presidente Lincoln, y los periódicos de aquella época están llenos de relaciones de esta solemnidad. Tuvieron lugar las exequias en Washington, el día 19 de Abril, en claro y suave día de primavera. El cuerpo fué primero expuesto en la Casa Blanca, donde se pronunciaron varios discursos; después lo trasladaron al Capitolio en un carruaje arrastrado por seis caballos blancos. La plataforma sobre la cual reposaba el ataúd estaba cubierta de rosas blancas y ciprés. Las tres hijas del difunto seguían al carruaje.

Terminaban el séquito por decisión de Mr. Stanton, ministro de la Guerra, doscientos cincuenta hombres de color vestidos de negro. Al principio llamaron poco la atención; pero al llegar á la quinta avenida, donde se encuentran los edificios más ricos y más aristocráticos de la nación, fué una verdadera ovación; las señoras aplaudían desde las ventanas y aun algunas de ellas les arrojaron flores.

Aquella buena gente se quedaba sorprendida. Dos años antes, en los mismos barrios, se les había injuriado, y aun se había llegado á ahorcarlos impunemente.

Los despojos mortales de Mr. Lincoln fueron colocados en un magnífico catafalco elevado en la rotonda del Capitolio, donde quedó expuesto dos días. El 22 á las seis de la mañana salió de Washington para ser trasladado á Springfield, su última morada, atravesando sucesivamente á Baltimore, Filadelfia, Nueva York, Albany, Cleveland, Columbus, Indianópolis y Chicago. El cuerpo estuvo expuesto en todas estas ciudades y entre otras en Nueva York, donde permaneció dos días en la sala de gobierno de City-Hall. Durante todo el trayecto, las poblaciones afluían al paso del fúnebre convoy para saludar por última vez, con muestras de dolor y de respeto, al *honrado* Abraham Lincoln.



CAPÍTULO XXVII

EUROPA HASTA 1889

España.—Pronunciamiento de la escuadra.—Pánico en la corte.—La batalla de Alcolea.—Doña Isabel II abandona el territorio español.—Alzamiento general.—Juntas revolucionarias.—Gobierno provisional.—Cortes constituyentes.

El destierro de los duques de Montpensier y las prisiones que dejamos indicadas en otro lugar, en nuestro capítulo referente á España, no dejaron de producir extraordinaria impresión en el ánimo del pueblo.

Encarnada estaba ya en todas las clases, la idea de que algo grande, desconocido, inexplicable se aproximaba, y si la palabra «revolución» no se atrevían á pronunciarla todos los labios, estaba en cambio vagando por todas las imaginaciones.

A los dos días de su prisión, salieron de la Corte, por la vía del Mediodía, con dirección á Canarias el duque de la Torre, para la Orotava el general Dulce, á Tenerife el general Serrano Bedoya y para las Palmas el mariscal de campo Caballero de Rodas.

A este mismo tiempo y despedido en la estación como los anteriores, por numerosos amigos, marchaba para Lugo el general Zavala, con destino á Soría el general Letona y Echagüe para las Baleares, sin contar con otros muchos militares de alta graduación que eran enviados de cuartel á distintos puntos de la península. Todos los anteriores sucesos se llevaron á efecto con gran contentamiento por parte de algunos y con gran indiferencia por la del público en general, que no mostró ni el menor

interés en favor de los conspiradores, que una vez en Cádiz fueron embarcados sin ninguna precaución militar.

Pero á pesar del silencio, aun cuando la soledad en los muelles de Cádiz era absoluta, no cabe la menor duda que ya en aquellos momentos existía la conjura, y así lo declaró el mismo iniciador de la sublevación futura, el brigadier de la armada don Juan Bautista Topete, el que añade además que al acercarse algunos revolucionarios de Cádiz para ofrecerle su apoyo, no lo aceptó porque no quería que fuese solo el movimiento militar, sino que en él había de tomar parte todo el pueblo.

A pesar de que fueron desterrados los principales jefes de la conspiración, no por eso cesaron los trabajos de ésta, cuyo fruto había de tardar bien poco en mostrarse completamente sazonado.

El día 12 de Julio, el conde de Cheste, capitán general á la sazón, de Madrid, reunió á las tropas del distrito en solemne fiesta militar, dirigiéndoles sentidas palabras que tenían por objeto el apartamiento del soldado de la funesta senda de los pronunciamientos políticos.

El gobernador civil, trató, en extensa circular dirigida á los alcaldes, de asegurar que no corría

peligro alguno la tranquilidad pública, esforzándose en devolver el sosiego á los azorados ánimos.

Pero á pesar de todo, lo mismo en Madrid que en las principales capitales de provincia, la zozobra y el temor crecían al compás de los esfuerzos hechos por los trastornadores para llevar la alarma á todos los ámbitos del reino, anunciando incesantemente próximos trastornos.

El Gabinete, pues, debido á las intrigas de los políticos y á los desaciertos de los que habrían debido servirle de apoyo, aparecía de día en día más debilitado.

El día 8 de Agosto tuvo lugar en el Escorial un borrascoso consejo de Ministros, en el cual se volvió á tratar de la debatida cuestión entre el ministerio, Cheste y Novaliches.

Debido á esta cuestión, los ministros presentaron su dimisión, al mismo tiempo que se dejaba entrever la posibilidad de que el marqués de la Habana fuese el sucesor de González Bravo.

El de Miraflores, era otro de los indicados para la formación del nuevo Gabinete, pero la Reina aplazó esta nueva resolución hasta su regreso á Madrid, comunicando á Cheste y Novaliches órdenes terminantes para que sin perder tiempo ocupasen cada uno el puesto que tenían designado, y la corte se dirigió á Lequeitio con el objeto de tomar los baños.

Los rumores de conjuras y los temores de próximos trastornos se acentuaban más y más, hasta el punto que se decía que cogiendo á la Reina al tiempo de embarcar en Vizcaya sería conducida á Cádiz, en cuyo punto se la obligaría á abdicar, poniéndose al frente de la regencia el duque de Montpensier, interin se resolvía lo más conveniente, reuniendo la nación en Cortes.

Durante el mes que la corte permaneció en Lequeitio, reinó en la política española la calma angustiosa que casi siempre precede á las grandes tempestades.

A pesar de todo, no dejaron de surcar el cielo ministerial algunos amenazadores relámpagos.

El marqués de Novaliches presentó en definitiva su dimisión de la capitania general de Castilla la Nueva, al cual por breves días sucedió el general don Eusebio Calonge, y el conde de Cheste dejó la de Cataluña.

De cuando en cuando volvía á hablarse de un cambio de Ministerio, lo cual habría equivalido á entrar en pactos con la revolución, siendo de advertir, que cuantas veces se difundía tal rumor, se apresuraban los periódicos coaligados, unionistas,

progresistas y democráticos, á recomendar la continuación en el poder del Gabinete González Bravo, lo que probaba que seguros de la empresa que intentaban y que tan adelantada tenían, habían adoptado la antigua divisa del retraído partido progresista: ó todo, ó nada.

De esta suerte pues, á pesar de la inquietud y desasosiego general, nada hacía prever la inminencia del golpe.

Cual si tuviera por largo tiempo asegurada la vida, el Gobierno seguía su camino, sereno, publicando sucesivas disposiciones administrativas, ora referentes á los bienes del Estado, ora á los asuntos de Ultramar ó para realizar las ofrecidas economías en ciertas dependencias.

La prensa adicta al Gobierno se entretenía en reproducir los textos de los periódicos en que, unionistas y progresistas se hicieron innoble y sañuda guerra, y en poner de relieve la monstruosidad de la coalición entre ellos verificada, á lo que la prensa coaligada contestaba acentuando más su lenguaje y haciéndole más amenazador á proporción que se acercaba el día de estallar la mina.

Mientras la Reina, que ya había concluido los baños, se preparaba para la proyectada entrevista con el emperador Napoleón, para lo cual el día 17 de Septiembre se trasladó á San Sebastián, y cuando en aquella población se preparaban grandes fiestas y festejos á la soberana, cuando todo al parecer respiraba más paz que nunca, sonó el terrible grito de guerra. La conspiración acababa de estallar, tomando la iniciativa esta vez, el ejército de mar.

El brigadier de la armada don Juan Bautista Topete, á bordo de la fragata *Zaragoza*, alzó en la bahía de Cádiz pendones contra el Gobierno el mismo día 17 de Septiembre.

Las fragatas *Villa de Madrid* y *Tetuán* fueron poniéndose á su lado en línea cual si tratasen de secundar su voz, á las que siguieron los vapores *Isabel II*, *Vulcano* y *Ferrol*, las goletas *Edetana* y *Ligera*, además de los guardacostas.

Esto sucedía por la noche, y á la mañana siguiente, alineada la escuadra en la bahía, disparó una salva de 21 cañonazos, subieron las tripulaciones á las vergas y con extraordinaria gritería aclamaron la libertad y al brigadier Topete, quien participó á los gaditanos por medio de una proclama que aquel mismo día les dirigió, que la escuadra se había sublevado.

El general Prim, que desde el día 16 se encontraba á bordo de la *Zaragoza*, también dió su proclama al pueblo de Cádiz el día 18, en la que co-

menzó á traslucirse algo más concreto, que las vagas é indeterminadas aspiraciones de la marina y del general Topete.

En el siguiente día, llegaron los militares desterrados, el duque de la Torre, Serrano Bedoya, Caballero de Rodas y otros, á bordo del vapor *Buena-ventura* que los fué á buscar á Canarias, con el célebre poeta don Adelardo López de Ayala, quedando no poco sorprendidos al encontrarse, en contra de lo convenido, con que el conde de Reus se les había anticipado, que la guarnición de Cádiz se había adherido á la sublevación y con una junta revolucionaria elegida por Prim.

El *Buena-ventura* permaneció todo el día dando bordadas frente á Cádiz, por estar convenido que no entraría sino de noche, é ignorar los que en él había, los sucesos ocurridos.

Dióseles por fin aviso y aquella noche, á la luz de las antorchas, desembarcaron los generales, y firmaron todos en unión con Prim y Topete, un manifiesto á los españoles concebido en los siguientes términos:

«La ciudad de Cádiz, puesta en armas con toda su provincia, con la armada anclada en su puerto, y con todo el departamento marítimo de la Carraca, declara solemnemente, que niega obediencia al Gobierno que reside en Madrid, segura de que es leal intérprete de todos los ciudadanos que, en el dilatado ejercicio de la paciencia, no hayan perdido el sentimiento de la dignidad, y resuelta á no deponer las armas, hasta que la nación recobre su soberanía, manifieste su voluntad y se cumpla.

»¿Habrà algún español tan ajeno á las desventuras de su patria que nos pregunte las causas de tan grave acontecimiento?

»Si hiciéramos un examen prolijo de nuestros agravios, más difícil sería justificar á los ojos del mundo y de la historia, la mansedumbre con que los hemos sufrido, que la extrema resolución con que procuramos evitarlos.

»Que cada uno repase su memoria, y todos acudiréis á las armas.

»Hollada la ley fundamental, convertida, siempre, antes en celada, que en defensa del ciudadano; corrompido el sufragio por la amenaza y el soborno; dependiente la seguridad individual, no del derecho propio, sino de la irresponsable voluntad de cualquiera de las autoridades; muerto el municipio; pasto la administración y la hacienda de la inmoralidad y del agio; tiranizada la enseñanza; muda la prensa, y sólo interrumpido el universal silencio por las frecuentes noticias de las nuevas fortunas

improvisadas, del nuevo negocio, de la nueva real orden encaminada á defraudar el Tesoro público, de títulos de Castilla vilmente prodigados, del alto precio, en fin, á que logran su venta la deshonra y el vicio, tal es la España de hoy, españoles. ¿Quién la aborrece tanto que se atreva á esclamar: «así ha de seguir siempre?»

»No, no será; ya basta de escándalos.

»Desde estas murallas siempre fieles á nuestra libertad y á nuestra independencia; depuesto todo interés de partido, atentos sólo al bien general, os llamamos á todos á que seáis partícipes de la gloria de realizarlo.

»Nuestra heroica marina, que siempre ha permanecido extraña á nuestras diferencias interiores, al lanzar la primera el grito de protesta, bien claramente demuestra, que no es un partido el que se queja, sino que los clamores salen de las entrañas mismas de la patria.

»No tratamos de deslindar los campos políticos; nuestra empresa es más alta y más sencilla; peleamos por la existencia y el decoro.

»Queremos que una legalidad común, por todos creada, tenga implícito y constante el derecho de todos. Queremos que el encargado de observar la Constitución no sea un enemigo irreconciliable.

»Queremos que las causas que influyan en las supremas resoluciones las podamos decir en alta voz delante de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestras hijas. Queremos vivir la vida de la honra y de la libertad.

»Queremos que un Gobierno provisional, que represente todas las fuerzas vivas del país, asegure el orden, en tanto que el sufragio universal echa los cimientos de nuestra regeneración social y política.

»Contamos para realizar nuestro inquebrantable propósito con el concurso de todos los liberales, unánimes y compactos ante el peligro común; con el apoyo de las clases acomodadas, que no querrán que el fruto de sus sudores siga enriqueciendo la interminable serie de agiotistas y favoritos; con los amantes del orden, si quieren verle establecido con las firmísimas bases de la moralidad y del derecho; con los ardientes partidarios de las libertades individuales, cuyas aspiraciones pondremos bajo el amparo de la ley; con el apoyo de los ministros del altar, interesados más que nadie en cegar en su origen las fuentes del vicio y del mal ejemplo; con el pueblo todo, y con la aprobación, en fin, de la Europa entera, pues no es posible que en el consejo de las naciones se haya decretado ni se decrete que España haya de vivir envilecida.